

Todos los días, a las nueve, entran los Padres conciliares a la basílica vaticana. El gran círculo de la piazza de San Pedro se llena de coches y autobuses y la gran escalinata basilical recibe una tonalidad roja, episcopal, con el espléndido sol otoñal romano en la púrpura de los prelados. Con edificante puntualidad y constancia van estos escolares del Espíritu Santo a recibir su lección diaria, de más de tres horas, como en una nueva Pentecostés.

Pero todavía más interesante es el espectáculo de la salida, ya que el sol está en su cenit y los Padres conciliares aparecen más en bloque y se detienen en un cambio de impresiones. Toda la plaza toma entonces un tono y un color de impresionismo pictórico. El rojo, el rojo escarlata, el violeta, el carmesí, el blanco, el negro, se suceden y mueven en un cuadro multicolor. Obispos casi centenarios, obispos de una juventud equilibrada y austera, obispos contemplativos, obispos dinámicos, obispos acostumbrados al estudio severo de la teología, obispos misioneros, con el rostro demarcado por los trabajos apostólicos. Obispos de toda raza, lengua y color reciben el amplio abrazo de la columnata de Bernini.

El pueblo romano, aunque acostumbrado a este espectáculo de obispos, parece como sorprendido ante la magnitud insólita del cuadro. Y no faltan gran cantidad de curiosos que esperan entre las grandes columnas y al comienzo de la plaza, junto a las vallas preventivas de madera, para contemplar su salida. Aparecen por la gigantesca puerta de la Iglesia madre, de la catedral del Orbe. ¡Espectáculo grandioso de fe, de caridad, de disciplina!

Los obispos todos del mundo se encuentran en Roma, como en su casa. Más de 500 hicieron sus estudios en la Pontificia Universidad Gregoriana. Otros fueron alumnos de la Propaganda, de la Universidad de Letrán, del Angélicum o Antonianum. Quizá pasen de los mil que tropiecen con recuerdos propios de su juventud por las esquinas y calles romanas. Algunos quieren

remozar su italiano y predicar y confiesan, en estas magníficas iglesias de Roma, como el obispo del Vietnam, y algunos americanos. En esta ciudad, donde el obispo es nada menos que el Romano Pontífice, los cardenales y obispos de todo el mundo simplifican su atuendo episcopal y se dan el gusto de pasar por simples sacerdotes, sin vivos, ni borlas, ni señales externas. No es raro verlos por las plazas o calles, por las librerías o los museos. Una cadenilla que furtivamente aparece por la pechera del clergyman o los calcetines morados, que no han tenido tiempo de cambiarse, descubren al Padre del Concilio. Por las calles contiguas al Vaticano, sobre todo, por la Vía Conciliazione es un desfile de trajes episcopales, en su más variada gama. Lo que en una ciudad cualquiera llamaría la atención, al romano, avezado a contemplar toda clase de hábitos, no le causa la menor extrañeza.

A veces se les ve en el trolebús, como un modesto ciudadano, o aparcando su coche en una situación difícil con toda agilidad y dominio, como el arzobispo de Zaragoza. Al verle un romano desde otro coche, le felicitó y le dijo: "Pronto aprenderemos a volar". A lo que el arzobispo le contestó rápido: "Tengo ya carnet de piloto y muchas horas de experiencia de vuelo".

LA UNION DE LOS CRISTIANOS

El trabajo del Concilio ha marcado, sin duda, un gran paso en este camino de la unión. En el Concilio Vaticano I los jefes protestantes rechazaron públicamente la invitación de Pío IX al Concilio y el Patriarca de Constantinopla devolvió la invitación sin abrirla. Actualmente más de treinta delegados de las diversas Iglesias asisten al Concilio. Es fácil que todavía venga alguno más.

Fueron muy interesantes las declaraciones que hizo el cardenal Cushing a su llegada a Roma. "En América —dijo— existen una pluralidad de confesiones protestantes y todas espe-

ran con gran interés el resultado del Concilio. Ninguno espera la unidad de la Iglesia con esta ocasión, pero creen que se conseguirá una atmósfera muy favorable para la realización de esta unidad, porque se podrán conocer mejor recíprocamente. Siempre he sostenido que los que tienen una fe común, deben unirse en un frente común contra el comunismo ateo. En Boston ha comenzado ya el diálogo entre las Iglesias. Se tienen conferencias entre los sacerdotes y ministros protestantes y hebreos. La unión de las Iglesias protestantes y la Comunidad hebrea me han hecho saber sus augurios para nuestra labor conciliar. Pienso que todos nosotros deberíamos contribuir con nuestras oraciones a la consecución de la unidad."

Algunos delegados de las Iglesias cristianas han venido como huéspedes de la secretaría general, como el prior de la comunidad protestante de Taizé, Roger Schutz; Max Thurian, monje de la misma comunidad; Oscar Cullmann, profesor de la universidad de Basilea y de París; Berkouwer, profesor de la universidad protestante de Amsterdam.

Entre los observadores, llegaron, por fin, los dos delegados rusos. Parece que estuvieron esperando en la frontera rusa hasta oír el discurso del Papa, en el acto inaugural del Concilio. Cuando vieron que no había en él nada ofensivo a Rusia, se decidieron a venir. Los periódicos comunistas han comentado largamente este viaje. Afirman que han venido con condiciones (que no se hable nada contra Rusia) y que es el anticipo de un futuro viaje de Krueschef a Roma. También han resaltado el nombramiento del cardenal Wiszinsky para el secretariado "ad extram". Creen que es un reconocimiento de que la Iglesia tras el telón de acero no es Iglesia del silencio.

El viaje de los delegados rusos ha causado gran impresión en la Iglesia ortodoxa griega, ya que el convenio era venir todos o ninguno. "Antes de renunciar a enviar observadores al Concilio —ha declarado a la prensa

el patriarca de Constantinopla—habíamos consultado a la Iglesia autocéfala rusa. Enviamos al patriarca de Moscú una carta y un telegrama para que nos comunicara su punto de vista. El patriarca acusó el recibo de las dos misivas, pero sin declarar su opinión. A nuestro segundo telegrama, contestó el 7 de octubre, diciendo que no tenía nada nuevo comunicable. El arzobispo de Atenas, primado ortodoxo de Grecia, ha dicho que esta decisión de Moscú es un golpe grave para la unidad ortodoxa. No sería sorprendente que las otras Iglesias ortodoxas del telón de acero, ante este ejemplo, envíen también observadores. Se ha hablado de una reunión del sínodo griego para nombrar a los observadores. Pero hasta ahora no se ha realizado.”

El alma y el motor de esta unión está siendo el cardenal Bea, presidente del secretariado de la Unión de los cristianos. Se ha dicho que es la figura más popular de la cristiandad, después del Papa. Sus tres secretarios escriben cerca de dos mil cartas mensuales, aparte de las oficiales, que las hace por medio de la secretaria. Sus viajes a Londres, París, Nueva York, etc., le han hecho muy querido y popular, dada su gran inteligencia y su corazón bondadoso y abierto. Su profunda preparación bíblica y el proceder de un país como Alemania, en el que los protestantes constituyen una gran parte, le hacen ser el hombre ideal. “Después del Concilio —nos decía en una charla íntima— habrá que empezar de nuevo a trabajar. No están todavía preparados los protestantes, ni tampoco los obispos católicos de algunas naciones. La dificultad será mayor con las Iglesias ortodoxas, ya que están más afeerradas a sus tradiciones y son menos flexibles que los protestantes. A algunos teólogos católicos —añadió— les falta el diálogo y la experiencia con los protestantes para decir lo mismo, pero de otro modo.”

PRIMEROS DÍAS CONCILIARES

La gran máquina del Concilio ha comenzado ya a moverse. Los primeros días fueron de

pleno hervor electoral, en reuniones conciliares y extraconciliares. Todos han caído en la cuenta de la importancia de estas comisiones. En el Concilio Vaticano I tardaron un mes en elegir únicamente cinco comisiones, y no llegaban a 800 los miembros del Concilio. El Papa mismo nombró una de las comisiones y todas representaban a una tendencia. Por eso algunos Padres dijeron que el Concilio estaba ya hecho.

La elección de los 160 miembros de las diez comisiones supone más de 400.000 fichas, que no pueden ser controladas por las máquinas electrónicas. Por otra parte, fácilmente se comprende la dificultad que crean estos movimientos electorales para personas que han actuado únicamente en sus diócesis y que no conocen la técnica parlamentaria, y la lentitud necesaria para poderse conocer mutuamente. Las reuniones extraconciliares se tienen por grupos de naciones. El secretariado mejor organizado ha sido el de Francia. Es admirable el ambiente de libertad en que se han llevado estas elecciones para mirar únicamente el bien de la Iglesia. Por primera vez en la historia, la Iglesia se encuentra desligada de toda traba del poder civil. Todavía en el último Concilio, Pío IX estaba defendiendo los Estados Pontificios en guerra con Italia y no faltaban naciones católicas que se mezclaban indebidamente en las cuestiones de la Iglesia. Baste recordar el veto puesto por Austria para la elección del cardenal Rampolla como sucesor de León XIII. Hoy día hay una armonía entre la Santa Sede y las demás naciones, como lo han demostrado las 85 representaciones diplomáticas que asistieron al acto de apertura, y entre la Santa Sede y la República italiana, como se ha visto en el viaje triunfal y votivo del Papa Juan XXIII y en las aclamaciones masivas que recibió al pasar por las regiones de Umbría y las Marcas, donde se combatía hace un siglo, y al ser recibido por el Presidente de la República en Loreto, que fue durante la guerra hospital de las tropas pontificias.

Los obispos de cada nación han presentado la lista de sus candidatos. En total 34 listas.

El punto de vista que ha prevalecido es que estas comisiones tengan un carácter universal y representen a las Iglesias de todos los países y de todas las tendencias. Los periódicos han hablado de la “rebelión” del cardenal Liénart, obispo de Lille, contra la Curia romana, cuando su postura de retrasar las elecciones no fue más que una norma prudente, aprobada por todos, ya que no se conocían para poder elegir los candidatos más aptos. Se ha procurado también que entraran bastantes elementos nuevos, que no estuvieron en las comisiones preconciariales, y que en cada comisión hubiera dos cardenales, además del presidente, para que la autoridad de éste no fuera excesivamente coaccionaria y pudiera haber diálogo franco y libertad. Tanto el grupo de obispos españoles como los de América latina han llamado la atención por su apertura y sus contactos con los obispos franceses, alemanes y demás naciones europeas.

No ha faltado quien ha propuesto que el trabajo conciliar se haga a través de grupos nacionales. Pero precisamente en el Concilio se quiere evitar estos nacionalismos en una Iglesia absolutamente católica. Los obispos están colocados en la gran nave de San Pedro por orden de antigüedad en su consagración episcopal, no por naciones. Por otra parte, esta actuación por grupos nacionales anularía la representación de las naciones que tuvieran reducido número de obispos. También se ha dicho que podría ser equitativo y facilitaría el trabajo conciliar, disminuyendo el número de miembros, si cada millón de católicos poseyera un solo representante. Pero esto no sería conforme al derecho canónico.

EL OPTIMISMO DEL PAPA

Estos días del Concilio el Papa está desbordante, eufórico. No le preocupa nada, ni los cuantiosos gastos del Concilio, ni hacia qué parte se inclinará la materia conciliar, ni el problema de la unión y de los observadores. De Pío IX se cuenta que a mitad del Concilio le dijo a un cardenal: “No sé si saldré del Concilio con la falibilidad o

infalibilidad, pero lo cierto es que voy a salir "fallito" (quebrado de deudas)". Entonces el Papa ayudó a los obispos faltos de recursos económicos, entre ellos a los norteamericanos. Actualmente los obispos de esta potente nación han ayudado al Papa. El se ha lanzado a la empresa lleno de fe y de ilusión.

El día de la solemne apertura, después de cuatro horas de actuación, se le veía fresco, dinámico, sonriente. El discurso que lanzó al mundo en latín fue un canto de optimismo, de esperanza, a este mundo arrugado con el ceño de la amenaza y la angustia. También abrió la esperanza y la confianza a los Padres conciliares, sentados en torno a él, y a los cristianos todos.

Cuando en vísperas del Concilio, rompiendo el precinto del Vaticano —hacia un siglo que no había salido fuera de Roma ningún Pontífice—, peregrinó a Loreto y Asís, se le veía gozar al atravesar aquellas cinco provincias tan entrañables y pintorescas, y tan ligadas al Papado en otro tiempo. Una "ragazza" italiana exclamó:

—E simpatico il Papa.

La campiña de Umbría era un cántico franciscano. Las uvas y los frutales en plena madurez y color, los tonos magníficos de la campiña, las candelas ardiendo en las fachadas milenarias, la candidez de las palomas por las calles y plazas, el sonido de las campanas en el aire transparente, todo hacía revivir aquel cristianismo primitivo y poético.

Una monjita contemplativa de Asís, que había roto por vez primera la clausura por ver al Papa —como era alemana no salía para las votaciones—, le vio con el rostro cansado, pero con los ojos muy vivos y alegres.

Desde su cámara pontificia sigue con un sistema de altavoces y un aparato televisivo las actuaciones del Concilio. Quiere dejar a los Padres plena libertad para hablar. Por cierto que esta libertad ha llamado la atención de los observadores. Todos los obispos tienen gran respeto al Papa, pero no hablan coaccionados por ningún miedo. Cuando uno de los Padres conciliares dijo: "Non timeo Petrum, sed secretarium Petri", seguramente que el Papa se rió.

Una gran parte del éxito con que se está llevando la unión de los cristianos y el clima de cordialidad que se ha creado, se debe personalmente a él. El día que tuvo la reunión con los 36 observadores, él estaba emocionado y también varios de ellos derramaron lágrimas. Lo mismo sucedió el día solemne de la apertura. Las impresiones personales que reciben del Papa son magníficas.

El pueblo italiano, abierto, sentimental, sencillo, de una piedad sensible y de manifestaciones espontáneas y gesto efusivo, está encantado con Juan XXIII. Se ve en las aclamaciones, sinceras y desbordadas, siempre que habla el Papa, y en las frases de cariño, populares y emotivas, del Papa. La noche de la fantástica "fiaccolata" (procesión de antorchas), Juan XXIII repetía, emocionado, casi llorando: "Esta noche, cuando vayáis a casa, haced una caricia a vuestros hijos y decidles que es la caricia del Papa". La misma frase pronunció cuando se dirigió al cuerpo diplomático de las diversas naciones: "Mi caricia va a ser mi bendición Papal para todos".

Pero dentro de su sencillez y de su cordialidad revela una gran inteligencia y un delicado tacto político, que le descubre siempre lo más oportuno. Una frase popular que la repite el italiano lo retrata: "Contadino, scarpa grossa, cervello fino" (campesino, de gruesa abarca y fino cerebro).

JAZZ POLITICO

Es interesante seguir el Concilio a través de la prensa. Cada uno interpreta el Concilio a su modo y lleva el agua a su molino. Así que la política se hace esta vez de puertas afuera. Los periódicos comunistas dicen que el problema principal del Concilio es el problema de la coexistencia, de la apertura a sinistra, de unas relaciones diplomáticas con Rusia, después de levantar su condenación. Confían en Juan XXIII, que aunque anticomunista, como Pío XII, es más flexible y bondadoso y ha hablado contra las armas atómicas. La prensa liberal habla de la declaración de la libertad

de pensamiento y de religión, de hacer concesiones al divorcio y al control de natalidad, de retirarse la Iglesia a la sacristía, apartándose de toda política. Pero la postura más frecuente del periodista es la del que ve únicamente la parte humana, el periodista que no sabe desprenderse del vocabulario político y ve partidos, zancadillas, habilidad política, lucha de tendencias, con todo el tinglado parlamentario. Fulton Sheen, en una plática que dio a los periodistas, nos dijo que un corresponsal de un importante diario había recibido la orden de su director de meter siempre en sus crónicas un poco de "jazz político".

Los periódicos italianos hablan con una libertad excesiva y están enterados de todo. Se ve que tienen buenas fuentes de información, a veces un poco clandestinas, pues con frecuencia sufre el secreto conciliar. Dicen que entre los electricistas y otros empleados del Vaticano han disfrazado a sacerdotes que entienden el latín. La mañana del sábado en que se iban a nombrar en la sesión conciliar los miembros de las comisiones, publicó "Il Messaggero" la lista completa de la candidatura italiana y la de Europa central. Un corresponsal vino en mayo a Roma, sabiendo este tinglado periodístico, para buscar fuentes clandestinas.

"L'Unitá", órgano romano de los comunistas, fue el único que publicó el discurso, o mejor charla, que tuvo el Papa con los obispos polacos, lo cual trajo complicaciones políticas y protestas de la embajada alemana, por algunas frases que podían aludir a las diócesis polacas en litigio con Alemania. El secretario de Wiszinsky mandó la charla a Polonia —aquí no se quiso publicar, pues el Papa habló improvisando y alguna frase se podía interpretar mal— y el mismo día venía de Polonia el texto íntegro a "L'Unitá".

Por cierto que el arzobispo de Polonia, antes de venir al Concilio, a fines de septiembre, organizó una vigilia conciliar de oración en el santuario nacional polaco de la Virgen, donde se reunieron cerca de 400.000 fieles. Allí, en un discurso magnífico, manifestó que el Concilio no tenía ningún fin político, sino

meramente espiritual. Así que vino con las manos enteramente libres, sin ningún compromiso con el Gobierno. Sin embargo, parece que algunos de los obispos que han venido de Hungría y Checoslovaquia se han mostrado colaboracionistas.

EL LATIN Y LA LENGUA VULGAR

El latín es la lengua oficial del Concilio, el esperanto eclesiástico, en el que pueden darse a entender los obispos chinos con los negros del Congo o los norteamericanos. Pero esto no quita dificultades. Ha sido necesario preparar con clases especiales a los 40 estenógrafos del Concilio, ya que la pronunciación es muy diferente. Tan diferente que a veces es imposible entender al orador. También hubo que buscar a seminaristas japoneses para que descifraran las papeletas de votación de los obispos japoneses, cuya grafía latina era ininteligible. En las intervenciones se ha hecho alguna excepción, como la del patriarca de Antioquía Máximos IV, que se declaró completamente a favor de la lengua vulgar en la liturgia, y habló en francés.

El ejemplo del latín ha sido contagioso. "L'Observatore Romano" publicaba un anuncio de una casa de alquiler de coches en latín. En una sombrerería eclesiástica aparece junto al "on parle français" y el "english spoken" el "latine loquitur". Pero lo más típico ha sido el caso de la "trattoria" de San Ignacio (restaurante), situado en un sitio céntrico, que ha impreso los menús en latín. Así, la vulgar sopa de fideos es llamada "pastarum capillos in sorbitione natantes" y un ordinario plato de huevos, "ovorum inritas in sorbitione submersas".

En las sesiones sobre la liturgia el tema más debatido ha sido el de la lengua latina. Los que han defendido más la lengua vulgar han sido los obispos que están en tierra de misión. El pueblo es totalmente extraño a esta lengua. Si la misa debe de ser participada por la comunidad, el primer problema que hay que resolver es el problema de la lengua. Actualmente el Papa ya ha concedido que sean en

lengua vulgar algunas partes de la misa para Argentina. Y para el rito siro-malabar de la India Meridional y para los hebreos de Palestina, toda en lengua vulgar.

La comisión litúrgica que ha preparado el esquema ha propuesto la lectura en lengua vulgar, hecha por el mismo celebrante, de la Epístola, del Evangelio y el Credo, mientras que el Canon no será traducido, al menos en los países latinos y anglosajones. Se pide, además, en el esquema la restauración de la antigua "oración universal", una plegaria dicha por el sacerdote para todas las necesidades del pueblo y de las diversas clases de fieles. Los trozos contenidos en el Evangelio se aumentarán, de modo que en los diversos años se lean pasajes diferentes. Con toda probabilidad se suprimirá el último Evangelio

HACIA UNA REFORMA DE LA LITURGIA

Las sesiones sobre la liturgia llevan una marcha lenta, debido a las numerosas intervenciones. Es que, por otra parte, en la liturgia convergen los principales problemas de la Iglesia, aunque indirectamente: teología, disciplina y gobierno, sacramentos, laicado y sacerdocio, etcétera. Me decía un obispo miembro de la comisión litúrgica conciliar y preconiliar, que el Concilio debe de ir lento. A pesar de lo bien que se ha preparado, siempre se oyen cosas nuevas y se aprende en este diálogo ecuménico.

Los Padres conciliares están preparando la reforma y adaptación de la liturgia a los tiempos modernos y, sobre todo, a los diversos países. Cada país tiene sus símbolos y sus costumbres distintas, así que la reacción ante una ceremonia o signo puede ser muy diversa. El beso de paz que da el celebrante en la misa solemne es un signo de amor en el mundo occidental. Sin embargo, resulta un gesto inmoral en la India y en Asia. En Occidente la paloma representa al Espíritu Santo, mientras que en Asia simboliza la incontinenencia sexual. El uso de la saliva en el bautismo es considerado normal en Occidente y

vergonzoso en Oriente. En árabe la expresión "Espíritu Santo" equivale a un fantasma. En Asia el blanco es señal de luto y en el Japón el rojo simboliza al odio, no el amor. El canto gregoriano es espléndido, pero la Iglesia no es un teatro ni un conservatorio —ha dicho un benedictino—, y el canto religioso debe acomodarse a los gustos y sentimientos del pueblo para que sienta a Dios.

La comisión litúrgica va a proponer también la comunión bajo las dos especies únicamente en ciertos momentos solemnes de la vida. Por ejemplo, en las ordenaciones sagradas, en las profesiones religiosas, en la primera comunión, en las ceremonias nupciales. Uno de los puntos en que han coincidido la mayor parte es en permitir la concelebración, es decir, la celebración de la misa hecha por varios sacerdotes en el mismo altar y con el mismo cáliz. Se trata de una sola misa dicha por varios sacerdotes. Esta concelebración existe ya en el rito oriental. Hubiera sido muy hermosa, por ejemplo, la ceremonia de la apertura del Concilio con esta concelebración de todos los obispos reunidos.

El nombre de la Extrema Unción hay que cambiarlo por el de la Unción para los enfermos, pues así resulta menos temeroso para el pueblo. Quiere dársele una solemnidad especial a la ceremonia del bautismo de los adultos con la restauración del "catecumenado", es decir, un período de algunos meses durante los cuales se tendrán las diversas ceremonias y ritos.

Otra reforma de la liturgia se refiere al breviario usado por los sacerdotes. Se tiende a abreviarlo, y no han faltado propuestas para que sea sustituido por un rato de oración o de lectura espiritual. Los 150 salmos que actualmente se recitan durante la semana, serán distribuidos en un espacio mayor de tiempo. Se introducirá mayor número de trozos bíblicos que se leerán entre los salmos. Los obispos y los superiores religiosos podrán autorizar a los que están muy ocupados, a dejar la lectura de algunas horas canónicas. Pero todas estas reformas y otras más dependerán, en último lugar, de la última decisión de los Padres conciliares.